

CRUCIFICADO CON CRISTO

CAPÍTULO DOS

Un Dato Asombroso: Como una manera inusual de llamar la atención hacia la paz mundial, en 1973, Patrice Tamao de la República Dominicana permitió que lo crucificaran mientras miles observaban. En televisión, a Tamao le clavaron tres clavos de acero inoxidable de seis pulgadas a través de sus manos y pies; tenía la intención de permanecer en la cruz durante 48 horas. Sin embargo, después de 20 horas, solicitó que lo bajaran porque había desarrollado una infección.

Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9:23). Posteriormente, el apóstol Pablo repitió este tema. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20).

Desde el tiempo del sacrificio de Cristo hasta el presente, muchos han buscado mostrar su devoción a Jesús, asegurar su propio perdón o hacer alguna declaración pública haciéndose crucificar literalmente. En 1965, Daniel Waswa en Kenia obligó a su esposa a crucificarlo «por los pecados de todos los kenianos». Después de obedecer de mala gana, su esposa se desplomó y murió, aparentemente de shock. Daniel fue rescatado por vecinos, pero más tarde murió a causa de una infección. ¿Requiere el Señor este tipo de fanatismo literal cuando nos llama a tomar nuestra cruz y seguirlo?

Para comprender mejor estos pasajes profundos sobre la cruz, debemos recurrir a la única historia en la Biblia donde encontramos una narración escalofriante de este temido método de ejecución. Al examinar los relatos evangélicos de la crucifixión, notamos rápidamente que Jesús no murió solo. Otros dos hombres fueron «crucificados con Cristo» aquel día.

Se pueden extraer innumerables lecciones de la experiencia de los ladrones que murieron flanqueando al Salvador, y especialmente de aquel que aceptó a Jesús. Los cuatro relatos evangélicos hablan de los dos ladrones que fueron crucificados con Cristo, pero solo Lucas cuenta la historia del ladrón arrepentido que se volvió a Jesús en las horas finales de su vida. Comencemos revisitando este pasaje popular: «Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos. Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. ... Entonces uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Mas el otro, respondiendo, le reprendió,

diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:32, 33, 39–43).

Solo Dos Opciones

Estos dos ladrones representan las dos grandes clases de personas que han vivido o vivirán jamás: los salvos y los perdidos, los justos y los impíos. En su famosa parábola, Jesús los comparó con ovejas y cabras (Mateo 25:31–46). El Hijo del Hombre puso a las ovejas (los justos) a su derecha, y a las cabras (los impíos) a su izquierda. Puesto que, en la Biblia, la mano derecha representa el favor (Mateo 26:64; Hechos 2:32, 33), creo que el ladrón que fue salvo estaba a la derecha de Jesús.

Observa las maneras en que estos dos hombres condenados representan a todas las personas:

1. Ambos eran culpables de rebelión, asesinato y robo. Nosotros también hemos «pecado y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Nos hemos rebelado contra la voluntad de nuestro Hacedor, cometido asesinato en nuestros corazones y robado a Dios el tiempo, los medios y los talentos que Él nos ha prestado.
2. No podían hacer nada para salvarse a sí mismos. Imagínalos colgando allí desnudos, con sus manos y pies clavados sin piedad a una cruz. No puedo pensar en dos individuos que hayan estado más completamente incapacitados para rescatarse a sí mismos. Nosotros estamos igualmente indefensos para salvarnos por nuestras buenas obras como lo estaban aquellos dos ladrones para escapar de la cruz.
3. Ambos tuvieron la misma oportunidad de ser salvos. Aunque incapaces de salvarse a sí mismos, estos dos hombres estaban en la presencia inmediata del mayor dínamo de amor y poder en todo el cosmos. Pero la salvación no se obtiene por ósmosis. Para ser ayudados, primero tuvieron que extender la mano con fe y pedirle. Nosotros también estamos siempre en la presencia del Salvador, y Él está a solo una oración de distancia (Salmo 139:7). Pero muchas almas se perderán innecesariamente, mientras esperan y desean ser salvas, porque no realizan el simple acto de pedir.

Creyendo la Evidencia

Todos somos salvos por fe, y la fe verdadera se basa en la evidencia; de lo contrario, es simplemente una presunción ciega y temeraria. El día de la crucifixión, se presentó una montaña de evidencia para mostrar que Jesús era el Hijo de Dios.

Después de que las tres cruces fueron izadas a su posición y el shock inicial asociado con la crucifixión se instaló, la Biblia dice que al principio, ambos criminales se unieron a la multitud para burlarse de Él. «Incluso los ladrones que estaban crucificados con él le insultaban» (Mateo 27:44, NVI). Pero mientras las agonizantes horas se prolongaban, el ladrón a su derecha comenzó a reflexionar sobre su vida desperdiciada y su futuro ahora sin esperanza. Al humillarse, el Espíritu Santo comenzó a penetrar el corazón contrito del hombre y lo instó a considerar la manera noble en que Jesús soportaba su sufrimiento. Había una creciente convicción en la mente del ladrón de que quizás este era más que un hombre común el que colgaba a pocos pies de distancia. Considera los siguientes puntos:

- Este hombre casi con certeza había oído hablar de los muchos milagros de Jesús. Casi todos los que vivían en Palestina en ese tiempo —desde Herodes en su trono hasta el humilde mendigo en la calle— habían oído hablar de las maravillosas obras de misericordia realizadas por este carpintero de Nazaret. Incluso el célebre historiador judío Flavio Josefo habló de los increíbles milagros que Jesús realizó.
- Cuando Poncio Pilato trajo a Barrabás y a Jesús ante el pueblo, el ladrón probablemente notó el marcado contraste entre su airado líder y el manso Salvador. Probablemente escuchó a Pilato preguntar: «¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?» (Mateo 27:22). Pero aún más importante fue la confesión de Pilato: «Ningún delito hallo en este hombre» (Lucas 23:4).
- Probablemente escuchó a muchos creyentes en la multitud hablar de los milagros y las grandes obras de Cristo.
- El ladrón escuchó a Jesús perdonar a sus enemigos. Era casi un reflejo involuntario luchar, forcejear y maldecir mientras los clavos eran clavados a través de las manos y los pies. Pero el ladrón arrepentido escuchó claramente a Jesús decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Como cordero ante el matadero, el Mesías no hizo ningún esfuerzo por resistirse (Isaías 53:7).
- Vio a los soldados romanos echar suertes sobre las vestiduras de Cristo al pie de la cruz, en cumplimiento directo de la profecía mesiánica del rey David: «Se repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (Salmo 22:18).
- Fue testigo de una oscuridad sobrenatural que descendió sobre la tierra en medio de un día de primavera (Mateo 27:45).
- Leyó el letrero directamente sobre la cabeza de Jesús, que declaraba: «Este es el Rey de los judíos» (Lucas 23:38).

A medida que la evidencia de la naturaleza divina de Jesús continúa acumulándose, el ladrón a su derecha siente que el Espíritu Santo lo presiona. Solo hay un veredicto lógico. El tan esperado Mesías,

el Rey de Israel, está colgando en la cruz a su lado. Él es Aquel que vino a cumplir la famosa profecía: «Mas él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. ... Y se dispuso con los impíos su sepultura. ... Y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores» (Isaías 53:5, 9, 12).

De alguna manera, este ladrón entiende que Jesús está sufriendo por «los transgresores» y sabe que él está en esa categoría. En el libro clásico *El Deseado de Todas las Gentes*, leemos: «Poco a poco se va eslabonando la cadena de evidencias. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de la cruz, ve al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La esperanza se mezcla con la angustia en su voz mientras el alma indefensa y moribunda se arroja sobre un Salvador moribundo» (p. 750).

El criminal de la izquierda se une a la multitud burlona y grita: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lucas 23:39). Pero el ladrón arrepentido, consciente de que se está muriendo y no tiene nada que temer, ahora habla en defensa de Jesús. Volviéndose hacia su antiguo compañero, pregunta: «¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo» (Lucas 23:40, 41).

Casi puedo ver un silencio temporal caer sobre la multitud burlona mientras escuchan este inusual intercambio. Entonces, las palabras finales del ladrón arrepentido pasan a través de sus labios secos y temblorosos. Él clama en tonos claros y triunfantes: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (versículo 42). Su famosa súplica comienza con «Señor» y termina con «reino». No pide justicia, sino misericordia.

El Mortal «Si»

Por favor, no pases por alto el hecho de que ambos ladrones querían ser salvos. Sin embargo, el ladrón a la izquierda del Señor no tenía una fe salvadora. Él dijo: «Si tú eres el Cristo».

«Si» es una palabra neutralizante cuando se ora al Señor del universo. Cuando tentó a Jesús en el desierto, el diablo reveló su identidad cuando dijo: «Si eres Hijo de Dios» (Mateo 4:3). Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6), y la palabra «si» neutraliza la fe de una persona.

Como gran parte del mundo, el ladrón de la izquierda quería salvación de la pena del pecado, pero no del pecado mismo. Carecía de una fe salvadora. Jesús dice: «Porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis» (Juan 8:24).

La historia del ladrón en la cruz sirve como un microcosmos del plan de salvación. En el espacio de unos pocos versículos (Lucas 23:40–43), vemos al ladrón creyente pasar por todos los pasos básicos hacia la salvación y experimentar todos los elementos necesarios para la conversión.

1. Vio a Jesús levantado. Jesús promete: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32).
2. Creyó en Cristo como el Cordero de Dios sin mancha: un sacrificio expiatorio perfecto. «Este ningún mal hizo» (Lucas 23:41).
3. Se arrepintió de sus pecados y confesó su culpa. «Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos» (versículo 41).
4. Testificó públicamente, a pesar de la burla imperante, que Jesús era su Señor y Rey. «Señor, ... tu reino» (versículo 42).
5. Pidió perdón. «Señor, acuérdate de mí» (versículo 42).
6. Sufrió con Jesús.
7. Murió con Cristo, y en Cristo.

Hambriento de Salvar

Aunque Jesús estaba sufriendo la agonía más intensa imaginable, nunca dejó de escuchar un clamor sincero de ayuda. En respuesta a la desesperada súplica «Señor, acuérdate de mí», Jesús dice: «¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida» (Isaías 49:15, 16).

En esencia, Jesús estaba diciendo: «¿Cómo podría olvidarte cuando estoy colgado aquí por ti?» El diablo pudo clavar sus manos amorosas a un madero, pero no pudo impedir que el Salvador salvara. La sincera petición de este ladrón moribundo fue el único rayo de luz permitido para penetrar la oscuridad y el sufrimiento que envolvían a Jesús. El Mesías respondió con amor, compasión y poder. «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

En los momentos finales de Jesús con vida en la cruz, el Padre le dio a su Hijo el regalo de ver a este miserable criminal transformado en un alma redimida para la eternidad. Para Jesús, fue la bendita seguridad de que su vida y sacrificio no serían en vano.

Colgando de la Fe

Después de que Jesús dijo: «Estarás conmigo en el paraíso», una paz maravillosa inundó el alma atribulada de este ladrón arrepentido. Creo que hubo un cambio notable en su semblante. Una gran

calma se apoderó de él mientras el terrible peso de todos los pecados de su vida se levantaba de su corazón y se transfería al Cordero de Dios a su lado.

Unos momentos después, Jesús exclamó: «¡Consumado es!» «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Juan 19:30; Lucas 23:46). «Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar así había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marcos 15:39). El testimonio espontáneo de este soldado romano sirvió como confirmación de que el ladrón en la cruz no fue el único que comprendió la verdad de la divinidad de Cristo.

El peso de la evidencia era convincente, pero Dios siempre deja algún espacio para la duda. Después de que Jesús murió, el ladrón penitente se quedó solo para enfrentar a la multitud burlona. A pesar de que su cuerpo aún colgaba por los clavos, el alma de este hombre ahora colgaba de la fe en la palabra de su Redentor. A veces, nosotros también debemos confiar nuestra salvación a un Salvador silencioso.

¿En el Paraíso Hoy?

No podemos estudiar apropiadamente esta historia del ladrón en la cruz sin tomar algunas líneas para explicar un malentendido común. Muchos han leído la promesa de Cristo al ladrón en Lucas 23:43 y han concluido que el ladrón salvo fue a estar con Jesús al Paraíso ese día. Sin embargo, sabemos que eso no es cierto porque Jesús no fue al Paraíso ese día. Después de la resurrección, cuando se apareció a María y ella se aferró a sus pies en adoración, Jesús dijo: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre» (Juan 20:17).

Entonces, ¿por qué Jesús dijo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»? ¡La respuesta es que no lo dijo! El griego original no tiene puntuación, lo que significa que los traductores del Rey Jacobo colocaron la coma en el lugar equivocado.

Debería decir: «De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el Paraíso». El énfasis estaba en la palabra «hoy». En otras palabras, le dijo al ladrón: «Te lo estoy prometiendo hoy, aunque no parezca un Señor y Rey victorioso, que habrá un lugar reservado para ti en mi reino».

Muerto al Pecado

Como broma, un amigo me envió un certificado de regalo válido para «una visita gratuita al infame Dr. Jack Kevorkian», más conocido como Dr. Muerte. Algunas personas están tan cansadas de sufrir que preferirían suicidarse antes que continuar viviendo con dolor.

En cierto sentido, el suicidio es exactamente lo que significa estar «crucificado con Cristo». Sin embargo, la solución al problema del pecado no es el suicidio físico, sino el suicidio del ego. Pablo dice: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Romanos 6:7). Los muertos no se ofenden ni pierden los estribos. Los muertos no se comportan egoístamente ni albergan amargura y rencores. Dietrich Bonhoeffer dijo: «Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir».

La Palabra de Dios declara: «Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5:24). En Romanos 6:11, leemos: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro».

A. W. Tozer dijo: «El hombre con una cruz ya no controla su destino; perdió el control cuando tomó su cruz. Esa cruz se convirtió inmediatamente para él en un interés que lo absorbe todo, una interferencia abrumadora. No importa lo que desee hacer, solo hay una cosa que puede hacer: es avanzar hacia el lugar de la crucifixión».

Las Cicatrices del Pecado

Hace muchos años, Karla Fay Tucker se convirtió en la primera mujer ejecutada en Texas desde la Guerra Civil. Mientras estaba en el corredor de la muerte por un asesinato atroz, experimentó una conversión completa y se convirtió en una prisionera modelo. Incluso fue perdonada por la familia de su víctima. Sin embargo, Karla Fay Tucker recibió su inyección letal según lo programado.

No debemos pasar por alto el hecho de que aceptar a Jesús no siempre elimina las consecuencias de nuestros pecados ni borra las feas cicatrices. El resultado de nuestros pecados a menudo perdura mucho después de haber recibido el perdón. En este punto, el ladrón arrepentido en la cruz es nuevamente un ejemplo apropiado. El perdón de Cristo no lo libró de una muerte agonizante en la cruz. La salvación que recibió ese día fue la salvación de la pena final del pecado, no de todas sus consecuencias temporales.

Conversiones en el Lecho de Muerte

¿Sabías que esta es la única historia en la Biblia de una «conversión en el lecho de muerte»? Este único ejemplo está registrado para que nadie pierda la esperanza de salvación —incluso al final—; pero solo hay un ejemplo para que nadie presuma temerariamente que es seguro esperar hasta el amargo final. Estoy convencido de que una de dos cosas les sucede a las personas que deliberadamente planean volverse a Jesús en las últimas horas de su vida. O nunca pueden, o nunca lo harán.

Decir: «Daré mi vida, mi fuerza y mis medios al diablo y luego, en los últimos momentos fugaces de mi existencia terrenal, me volveré a Dios» es el mayor insulto que un mortal puede ofrecer a Dios. Es algo así como ofrecer un tallo de rosa feo y espinoso a tu cónyuge después de que todos los hermosos y fragantes pétalos se han caído.

El arrepentimiento es un don de Dios (Hechos 5:31; 2 Timoteo 2:24, 25). No podemos predecir cuándo nos vamos a arrepentir. Si hemos pasado nuestra vida desdeñando las amorosas invitaciones del Espíritu Santo, puede ser que cuando llegue el final, descubramos que hemos contristado al Consolador y perdido nuestra capacidad de arrepentirnos. «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2:3). Entonces, por supuesto, está la posibilidad muy real de que podamos morir repentinamente sin previo aviso y, por lo tanto, ser incapaces de arrepentirnos.

Comenzando en la Cruz

El oficial Peter O'Hanlon estaba patrullando en turno de noche en el norte de Inglaterra hace algunos años cuando escuchó un sollozo tembloroso. Al volverse, vio en las sombras a un niño pequeño sentado en un escalón. Con lágrimas rodando por sus mejillas, el niño gimió: «Estoy perdido. Por favor, lléveme a casa».

«¿Dónde vives, niño? ¿Qué calle?», preguntó el oficial.

«No lo sé», se lamentó el niño.

El policía comenzó a nombrar calle tras calle, tratando de ayudarlo a recordar dónde vivía. Cuando eso falló, repitió los nombres de las tiendas y hoteles del área, pero todo sin éxito. Entonces recordó que en el centro de la ciudad había una iglesia muy conocida con una gran cruz blanca que se elevaba por encima del paisaje circundante. Señaló hacia ella y preguntó: «¿Vives cerca de eso?»

El rostro del niño se iluminó de inmediato. «Sí, señor, lléveme a la cruz. ¡Desde allí puedo encontrar el camino a casa!» Nunca encontraremos el camino a nuestro hogar celestial a menos que comencemos nuestro viaje al pie de la cruz. ¿Has tomado tu decisión de tomar tu cruz y seguir a Jesús?

En una colina rocosa fuera de Jerusalén hace mucho tiempo, tres prisioneros políticos fueron ejecutados; pero había una gran diferencia entre ellos. Uno murió al pecado, uno murió en pecado y uno murió por el pecado. Cristo murió por nuestros pecados. Ahora debemos elegir si moriremos en nuestros pecados o, por fe en Jesús, moriremos a nuestros pecados.